

Teología

Guillermo González Quintana, S.J.*

EL MISTERIO DE LA IGLESIA _____ Y SU REVELACION _____

Este artículo quiere sugerir algunos puntos de reflexión sobre el misterio de la Iglesia y la revelación bíblica de él, que tal vez puedan interesarnos hoy. La amplitud de la materia y la naturaleza de estas líneas señalan los límites y el modo de estas sugerencias.

1 LA MIRADA DE LA FE NECESARIA PARA SABER LO QUE ES LA IGLESIA

Quien vive en la Iglesia y de la vida de la Iglesia ha de tener por necesidad una visión lo más exacta e íntima posible de lo que Ella es en realidad. Así, no basta una mirada exterior como puede ser propia de un historiador o de un sociólogo, sino que ha de contemplarse a la única luz que ilumina su misterio: la luz de la fe.

La fe ilumina nuestra ruta hacia Dios. Es un camino indicado por El, y trazado con amor y sabiduría. El hombre no puede trazarse otro, porque es el único, y fuera de él se pierde.

Ahora bien, este camino único y salvador es Cristo, a quien solo podemos encontrar en su verdad y en su vida plena en la Iglesia, tal como El la instituyó, con caracteres y estructuras interiores y exteriores propias.

La sinceridad con que emprendamos nuestro camino hacia Dios, la verdad de nuestra entrega a Cristo, la seriedad de nuestra vida espiritual, implican la aceptación consciente y libre de nuestro vivir en la Iglesia y de la vida de la Iglesia. Esta verdad liminar la recuerda así el Concilio Vaticano II: "El Sagrado Concilio . . . apoyándose en la Sagrada Escritura y en la Tradición, enseña que esta Iglesia peregrina, es necesaria para la salvación. Pues solamente Cristo es el Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia . . . por lo cual no podrían salvarse, quienes no ignorando que Dios fundó por medio de Jesucristo la Iglesia católica como necesaria, con todo, no quisieran entrar o perseverar en ella" (1).

* Doctor en Teología, Weston College; Profesor de Eclesiología en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

(1) Lumen Gentium 14,1.

Así, pues, por voluntad de Dios, la Iglesia es un elemento esencial de su plan salvífico y ocupa lugar preeminente en la historia de salvación. Más aún: esta historia de salvación se va desarrollando en Ella y por Ella, pues es el sacramento universal del designio salvador de Dios.

Se necesita, pues, conocer este papel primordial de la Iglesia. No se trata de opiniones teológicas o de problemas hipotéticos o fronterizos, sino de iluminar con la fe el camino que ha puesto Dios para que lleguemos a la intimidad de su amor. Y esto es hoy más que nunca de una importancia vital para el cristiano, en un mundo complejo y ante el cual se abre una gama inmensa de interrogantes y un sonido confuso de voces que pueden hacerlo perder su verdadera identidad de católico, el sentido de su vida y el camino hacia Dios. Por eso nunca como hoy es necesario mirar el verdadero rostro de la Iglesia con los ojos iluminados por la fe.

2. LA IDENTIDAD ECLESIAL DEL CATOLICO

La vida religiosa del fiel católico está insertada profundamente en su vida eclesial. Esto es un distintivo característico del catolicismo, pues la pertinencia a la Iglesia tiene, como vimos antes, una importancia salvífica capital.

Toda vida religiosa puede hacer nacer una comunidad, dada la naturaleza social del hombre y de la misma vida religiosa. Pero en el catolicismo la comunidad o Iglesia, ocupa en su relación con Cristo y con Dios un lugar no solo materialmente más amplio, sino que entra vitalmente en esta misma relación. No solo externo sino interior a su vida religiosa. No es un marco externo, ni una organización que canalizaría su fuerza viva, sino que está en el origen y le es interior. De la Iglesia emer

(2) Cfr. Dei Verbum, nn. 7-10; 12; 21; 23; 24; 25.

(3) Cfr. Dei Verbum, nn. 8,3; 12.

ge el torrente fresco de su vida religiosa, pues lo pone en contacto directo e inmediato, como miembro vivo de su cuerpo, con Cristo que es la fuente.

La Iglesia no es para el católico el elemento estabilizador de su propia y dinámica inspiración interior, sino que Ella origina en él, trasmite y sustenta la vida de Cristo, como también la regula en su aspecto externo de acuerdo con esta misma vida y sus exigencias. Esto es un elemento específico de la vida religiosa católica.

Toda forma de cristianismo verdadero implica necesariamente el excluir la posible unión con Dios si no se hace por medio de Cristo, Único Mediador. Pero el catolicismo señala que el medio vital de esta inserción real con Cristo es la Iglesia, en la que Cristo vive y actúa por medio de su Espíritu, según la enseñanza del Nuevo Testamento y en particular de San Pablo.

No es, pues, posible según la verdad católica, una existencia cristiana, que no sea una existencia eclesial. Y esto lo iremos viendo mejor a través de la explicación que haremos enseguida en la que muy imperfectamente se va vislumbrando el misterio de la Iglesia y su revelación.

3. LA INCORPORACION A CRISTO SE HACE VITALMENTE EN LA IGLESIA

Ante todo es el medio vital en el que nos ponemos en contacto personal con la revelación de Dios en Cristo de una manera inmediata y en toda su pureza y con el dinamismo del Espíritu (2).

Solamente por la Iglesia, en su Tradición divino-apostólica, conocemos cuál es la Palabra de Dios y podemos interpretarla, profundizarla y aplicarla a la vida de una manera correcta (3). Esta verdad ca-

tólica la había expresado S. Agustín en célebre frase: "Ego evangelia non crederem, nisi Ecclesiae catholicae conmovet auctoritas" (4).

El más refinado análisis literario, con los métodos más científicos, nos podrá dar importantes conocimientos sobre el escrito bíblico y sus autores, pero solamente en la Iglesia tengo la garantía del Espíritu Santo de que estos escritos son Palabra de Dios dirigida a mí. Y sólo en esta misma Iglesia podré penetrar, en mi propia medida, en el misterio de Cristo del que esta Palabra bíblica está llena, y que interpela mi fe.

"Los autores sagrados, escribieron los cuatro evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias; reteniendo en fin la forma de proclamación, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús" (5).

Ahora bien, si prescindiéramos de la Iglesia, cuya misión continuadora de la de Cristo, es transmitirnos o ponernos en contacto con la verdad vital que Dios nos quiere comunicar, con la garantía de la asistencia del Espíritu Santo, podría pensarse que acaso los hechos y palabras que traen los evangelios pudieran ser materialmente exactos, pero que su significación fuera errónea a causa de omisiones o de perspectivas de los discípulos sinceros pero ininteligentes. Así, pues, si la Iglesia

no nos garantizara que los evangelistas fueron guiados y sostenidos por una inspiración divina, para no ser inferiores a su misión (6), quedaríamos condenados a fundar nuestro conocimiento de Cristo, revelación plena del Padre, sólo en un eco que hubiera tenido en la conciencia de los evangelistas. Aunque este eco fuera admirable, sin embargo no nos proporcionaría ese contacto inmediato, personal e infalsificable con Cristo y que requiere la fe cristiana, sobrenatural sí, pero también digna del hombre racional y libre.

Esto mismo lo expresan algunos observando que Cristo no dejó un libro escrito por El mismo que contuviera la revelación de su misterio, sino que dejó a la comunidad, presidida por los Doce, el continuar su misma misión: "Como me envió mi Padre así os envió a vosotros" (7).

Por otra parte, los evangelios no son anteriores a la Iglesia. Ellos aparecieron en su mismo seno, y son la expresión de su fe y del kerigma y catequesis apostólicas (8). Constituyen la expresión inspirada por el Espíritu Santo en el seno de la Iglesia acerca del misterio de Cristo, y destinado a toda la humanidad. Son, pues, la enseñanza de la Iglesia sobre Cristo, pero de un valor privilegiado y único (9).

Así tenemos, pues, que en nuestro contacto directo con la revelación divina, la Iglesia está presente y actuante. Este es uno de los grandes servicios de la Iglesia, y eso la califica S. Pablo como "La Iglesia

(4) Contr. ep. Manich, c. 5.

(5) Dei Verbum, n. 19.

(6) Ibid. Cfr. n. 11

(7) Mt. 28, 18-20; Jn. 20, 21; Cfr. Lumen Gentium, nn. 20, 3; 21, 1.

(8) Cfr. Dei Verbum, n. 18.

(9) Cfr. Ibid.

del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad" (10).

Este servicio lo cumple de diversas maneras según el tipo y las circunstancias históricas: ya sea comunicado de manera definitiva, con la salvación del Espíritu Santo, un aspecto de la verdad salvadora; o guiando en forma ordinaria en esta verdad; ya apartando a los fieles de un error que amenaza la verdad práctica de la revelación divina. El mismo Espíritu que asiste a los pastores encargados de la Iglesia de este misterio o servicio, ilumina interiormente a todos los fieles de la Iglesia en el mismo sentido, de tal manera que así se produce ese sentir unánime de la fe vivida y para la vida en toda la Iglesia (11).

En el seno de la Iglesia y por su acción se produce ese encuentro histórico concreto para cada cristiano con la verdad de Dios, que hace posible su entrega total y libre por medio de la fe.

4. EN LA IGLESIA SE EFECTUA NUESTRA TRANSFORMACION EN CRISTO

Según la enseñanza del Concilio Trento "la fe es el principio de la humana salvación, y la raíz de toda justificación" (12). Es el principio en la vida del hombre de una transformación profunda, que el mismo Concilio llama justificación que no es sólo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del hombre interior, por la voluntaria recepción de la gracia y los dones, de donde el hombre se convierte de injusto en justo, y

de enemigo en amigo, para ser heredero según la esperanza de la vida eterna" (13). La fe, pues, se expansiona por su misma naturaleza en vida cristiana, en moral cristiana. El Concilio Vaticano II al hablar del oficio de los Obispos de enseñar nos dice que ellos "son los maestros auténticos, es decir, dotados de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado, la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida (14). La separación radical entre fe y praxis moral, no su distinción, es ajena a la enseñanza católica. La fe no solo enriquece el entendimiento con la verdad de Dios, sino que es la raíz de la nueva vida divina que la gracia hace penetrar en lo íntimo del ser del hombre. La fe fructifica en las obras. Claro que el hombre puede interrumpir su dinamismo de transformación; pero entonces la fe permanece como un resorte al que se mantiene comprimido pero que por su propia naturaleza tiende a expansionarse. No sería una fe plena y perfecta (15).

Ahora bien, cuáles deben ser estos frutos de la fe, nos lo indica la Iglesia siguiendo la enseñanza bíblica, aplicándola a las diferentes circunstancias históricas en que encuentra el cristiano, y proporcionando además el medio nutricio en que pueden desarrollarse y llegar a su plena madurez. Por eso la Iglesia dirige esta fe viva y actuante, que transforma y une a Cristo y que llamamos la moral cristiana. Esta moral hay que entenderla en toda su riqueza, no solo la que señala un "minimum" a la fe y al amor, debajo del cual no se puede descender sin caer en el mundo del pecado que rompe con el amor y la salvación

(10) 1 Tim. 3,15; Cfr. *Dignitatis Humanae*. n. 14,3.

(11) Cfr. *Lumen Gentium*. n. 12,1.

(12) Denzinger E. *El Magisterio de la Iglesia*. Cfr. n. 801.

(13) *Ibid.* Cfr. No. 799.

(14) *Lumen Gentium*. No. 25.

(15) Denz. nn. 808 y 838.

traída por Cristo, sino que dinamiza hasta la perfección de la santidad, según la medida de la gracia.

Esta dirección de la Iglesia, regida a su vez por el Espíritu Santo, es necesaria en todo este proceso de transformación interior, para nutrir y guiar al cristiano, y como principio auténtico de discernimiento espiritual, que señala el camino y la meta y libra de descarríos. La historia de la Iglesia muestra que los devíos de la moral y del progreso verdadero espiritual hacia Cristo, no son siempre originados en la frialdad o tibieza, sino en el apartarse de la verdadera fe, y de la vida espiritual que de ella fluye y que señala la Iglesia. Esta vida espiritual es rica y variada, pero posee sin embargo rasgos esenciales, claros y firmes.

La vida de la fe, que se concreta en la moral cristiana, no es dirigida por ella como algo exterior, sino que expresa su dinamismo interno y las leyes propias de esta vida, que es en realidad una participación de la vida misma de Dios, que se nos ha comunicado como puro don gratuito por el Hijo Único del Padre. El evangelista S. Juan nos dice: "A todos los que la recibieron (la luz que es Cristo) les dió poder de hacerse hijos de Dios a los que creen en su nombre" (16).

El bautismo que nos da la Iglesia y nos incorpora a Ella como sus miembros vivos, nos comunica esta gracia de filiación. Si por desgracia el cristiano por el pecado la pierde, la encuentra en la Iglesia por el sacramento de la penitencia o reconciliación "por el que se aplica a los caídos después del bautismo el beneficio de la muerte de Cristo" (17). En este sacramento la Iglesia está presente y toma parte activa

(16) Jn. 1,12.

(17) Cfr. Densinger. n 894.

(18) Jn. 20,23; Cfr. Lumen Gentium. n. 11,2.

(19) Lumen Gentium. n.48,2.

en la vuelta del hijo pródigo a su Padre: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdoneis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos" (18). De manera análoga, la gracia de Cristo, que comunica el Espíritu, fluye abundante en los demás sacramentos que tienen su culmen en la Eucaristía, y en los cuales la Iglesia muestra su naturaleza de sacramento universal de salvación, en la que Cristo continúa su misión salvífica, de reconciliación y unión con Dios y con los demás hombres, y así comprendemos "que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, y es impulsada por la misión del Espíritu Santo, y por El continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruídos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, en tanto que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en el mundo y labramos nuestra salvación" (19).

Claro está que la Iglesia no es el origen de la gracia ni de los sacramentos, sino que los recibe de Cristo y los conserva intactos en su esencia según el modo querido por El. De la misma manera que Ella no es la fuente de la Revelación, sino que la recibe y la conserva sin alteración, así Ella recibe y transmite la gracia de Cristo por la acción del Espíritu en los sacramentos. En una palabra, la Iglesia es el medio en el que tomamos inmediato contacto con Cristo que es la fuente de la Verdad y de la gracia.

En todo sacramento hay un ministro que lo es de Cristo y de su Iglesia. No hay verdadero ministro de Cristo que no sea de la Iglesia. Toda administración válida de un sacramento supone la intención de

hacer lo que hace la Iglesia (20), que es la dispensadora por voluntad de Cristo de la gracia que confiere el Espíritu en cada uno de ellos.

Así, pues, dado el lugar que ocupan los sacramentos en la economía cristiana de salvación, se comprende muy bien la profundidad e inmanencia de la Iglesia en la vida del católico. Como se ve, esta inmanencia no es transitoria sino durable. No es una simple necesidad pedagógica, pues la Iglesia interviene activamente en engendrar al hombre como cristiano y en la continua conservación y desarrollo de su vida en Cristo. La edad de la madurez cristiana o el "adulto cristiano" no se puede entender como una emancipación de los vínculos con la Madre Iglesia, sino por el contrario, en el aceptar cada vez con más conciencia, responsabilidad y libertad esta actividad maternal.

La maternidad de la Iglesia no es como la de una madre terrena, cuyos hijos solo tienen necesidad de ella durante cierto tiempo. Es de un orden superior y espiritual. No es una madre de la que se va desligando el cristiano a medida que avanza sino que en ella y por ella el hijo de Dios se une cada vez más a Cristo. Nadie, por "adulto" que se estime, puede enorgullecerse de recibir la Verdad y la Vida de Dios sino como miembro vivo de ese Pueblo de Dios.

No la instituyó Cristo sólo para los enfermizos y débiles espiritualmente que no pueden marchar solos. Ella es según expresión de San Pablo el "pleroma" de Cristo, es decir, donde se ejerce la plenitud de la acción salvífica de Cristo muerto y resucitado en toda la dimensión de la historia humana. En ella actúa su acción redentora y unitiva con Dios Padre en el Espíritu Santo.

5. LA IGLESIA EJERCE SU ACCION COMO SOCIEDAD HISTORICA Y VISIBLE

Dada la naturaleza visible e histórica del hombre, la Iglesia ejerce su actividad inmanente a nuestra vida religiosa, encarnada en una sociedad visible, histórica, concreta, en lo que se asemeja a Cristo su Señor y fundador y que actúa en Ella.

El Concilio Vaticano II reitera esta enseñanza con especial vigor: "Cristo Mediador Unico, estableció su Iglesia Santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como una trabazón visible, y la mantiene constantemente, y por la cual comunica a todos la Verdad y la Gracia. Así, pues, la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la reunión visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no han de considerarse como dos cosas, sino que forman una única realidad compleja, constituída por un elemento humano y otro divino. Por no pequeña analogía, se asemeja al misterio del Verbo encarnado. Pues como la naturaleza sirve al Verbo divino como órgano vivo de salvación a El indisolublemente unido, de forma semejante la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica para el incremento del Cuerpo" (Ef. 4,16) (21).

La Iglesia es, pues, esencialmente una sociedad visible, y no solamente porque está compuesta de hombres, cuya naturaleza comporta un elemento visible social, sino porque estructuralmente, como Iglesia, es sociedad visible e histórica para ejercer su acción, dirigida por el Espíritu en este mundo visible e histórico.

Como sociedad concreta tiene sus límites reconocibles y la pertenencia a

(20) Cfr. Denzinger, n. 854.

(21) Lumen Gentium, no. 8,1.

Ella en la forma plena y ordinaria no es un hecho puramente interior sino que se verifica por la recepción del bautismo conferido por un ministro de la Iglesia. Sin duda que ello resulta de una elección divina. Pero esta vocación y recepción por Dios, se verifica en su forma ordinaria por un acto de la Iglesia como tal: la administración del bautismo, lo mismo que en los demás sacramentos en que se comunica con abundancia la gracia redentora de Cristo.

Por esto "a la sociedad de la Iglesia se incorporan plenamente los que poseyendo el Espíritu de Cristo, reciben íntegramente sus disposiciones y todos los medios de salvación depositados en Ella, y se unen por los vínculos de la profesión de fe de los sacramentos, del régimen eclesiástico y de la comunión a su organización visible con Cristo, que la dirige por medio del Sumo Pontífice y los Obispos" (22).

La Iglesia es visible e histórica en la estructura fundamental dada por Cristo y aparece también como tal en los diversos "ministerios" o "servicios" tanto Jerárquicos como laicales. Los diversos carismas que el Espíritu concede libremente a los miembros de la Iglesia, sirven para el bien de la comunidad y se manifiestan visiblemente en su ejercicio, y son regulados no sólo por la fe y la caridad común, sino por el auténtico y visible Magisterio de la Iglesia (23).

Es, pues, una Iglesia bien concreta, histórica y visible compuesta por determinadas personas. Cuál sea esta Iglesia, nos lo dice el Concilio Vaticano II, fundándose en la Escritura, la tradición divino-apostólica y en los hechos históricos: "Esta es la única Iglesia de Cristo que en el símbolo

confesamos una, santa, católica y apostólica, la que Nuestro Señor entregó después de su resurrección a Pedro para que la apacentara (Jn. 21,17) confiándole a él y a los demás apóstoles su difusión y gobierno (Mt. 28,18 etc), y la erigió para siempre como columna y fundamento de la verdad (Cfr. 1 Tim. 3,15). Esta Iglesia constituida y ordenada en este mundo como una sociedad se realiza en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro, y por los Obispos en comunión con él" (24).

No es, pues, ella una organización entre otras varias que se pudieran elegir, sino que es "la única Iglesia de Cristo", y por su misterio y su acción ocupa un lugar insustituible en la vida del cristiano.

Pero se debe advertir de nuevo muy claramente, que esta mediación de la Iglesia no sólo no sustituye la única e insustituible mediación de Cristo, sino que es su instrumento, que además no hace mediatamente la comunicación con Cristo y con Dios en el Espíritu, sino que ella precisamente la hace inmediata y personal. El Espíritu Santo por medio de las acciones visibles eclesiales pone al fiel en inmediato contacto con Cristo y con Dios.

La Iglesia está, pues, constantemente presente en el diálogo de Dios con el alma, e interviene activamente como medio vital para hacerlo inmediato y sin perturbar su intimidad; antes por el contrario, apoyándolo y nutriéndolo con la verdad y la gracia de Cristo que por ella se comunica. A quien no comprenda esto, se le escapa el misterio de la Iglesia tal como la instituyó Cristo como prolongación histórica de su continua acción redentora, que fusiona en admirable síntesis institución y continuo acontecimiento salvífico.

(22) Lumen Gentium, n 14,2.

(23) Ibid. nn. 7,3 y 12,2.

(24) Ibid. n.8,2.

6. LA IGLESIA NO ES UN SIMPLE HECHO SOCIOLOGICO SINO UN MISTERIO

Por las consideraciones anteriores y las que luego se harán, se ve con claridad que la Iglesia no es un simple hecho sociológico. *Ni por su origen*, que depende sólo de un libre designio del Padre, que se realiza históricamente por el Hijo con la acción del Espíritu Santo. *Ni por su estructura*, que si tiene analogías con una sociedad compuesta de hombres, no se contiene en sus límites sino que la desborda en cada uno de sus elementos visibles, que encarnan, y son manifestación de una realidad superior, que en ellos y por ellos obra. *Ni por sus medios de acción*, que no son los de la ciudad terrena: "la eficacia que puede aportar la Iglesia al mundo de hoy consiste, precisamente, en esa fe y caridad convertidas en fuentes vitales; no en ninguna especie de poderío exterior, que se haya de ejercitar por medios humanos", nos dice el Concilio Vaticano II (25). *Ni por su finalidad*; "la misión propia que Cristo confió a su Iglesia no pertenece al orden político, económico o social: el fin que le asignó es de orden religioso". Esta doctrina católica expuesta por el Concilio, se hace muy explícita en unas palabras de Pio XII, al quien el mismo Concilio remite en la nota a este lugar. Dice en ellas el Papa: " Su Divino fundador Jesucristo no le ha dado a la Iglesia ningún encargo, ni fijado ningún fin de orden cultural. El fin que Cristo le asigna es estrictamente religioso . . . La Iglesia debe conducir los hombres a Dios, a fin de que se entreguen a El sin reserva . . . La Iglesia no puede perder jamás de vista este fin estrictamente religioso, sobrenatural. El sentido de

todas sus actividades, hasta el último canon de su Código, no puede ser otro que el de concurrir directa o indirectamente a este fin" (26).

Pero de esta misión estrictamente religiosa, nos dice el Concilio "emanan un encargo, una luz, y unas fuerzas que pueden servir para establecer y consolidar, según la ley divina, la comunidad humana" (27).

Ahora bien, su estricta misión religiosa consiste "en anunciar el reino de Cristo y de Dios, de establecerlo entre todas las gentes, y (la Iglesia misma) constituye en la tierra el germen y el principio de este reino". Y en su peregrinar histórico "mientras va creciendo poco a poco, anhela el reino consumado, y desea ardientemente unirse con su Rey en la gloria" (28).

La Iglesia está, pues, investida y lleva adelante una misión histórica perfectamente específica, que es restaurar todas las cosas en Cristo; y no solamente las restaura en su propio valor, sino que las impulsa hacia un fin histórico, cuando "con el género humano, también el universo entero, será perfectamente renovado en Cristo" (29). En esto consiste la llamada misión escatológica de la Iglesia, o sea la consumación definitiva de la obra redentora de Cristo.

No es, pues, la Iglesia una simple realidad humana sociológica, sino una realidad social histórica que encarna una realidad de orden sobrenatural. Esto lo expresa el Concilio Vaticano II llamado a la Iglesia "*misterio*", o también "*sacramento o señal e instrumento* de la íntima unión con

(25) Gaudium et Spes, no. 42,3. Cfr. Jn. 18,33-36.

(26) Ibidem, no. 42,2. Cfr. nota 11.

(27) Ibidem, no. 42,2.

(28) Lumen Gentium, no. 5,2.

(29) Lumen Gentium, no. 48,al.

Dios y de la unidad de todo el género humano" (30).

Con la palabra *misterio* no quiere significarse algo irreal o confuso, o completamente inaccesible. El misterio cristiano es siempre una realidad divina concretísima que se nos revela en Cristo y se manifiesta en una forma sensible. Así, el misterio esencial y plenario de Jesucristo, Verbo de Dios, que se nos manifiesta en su naturaleza humana asumida por El. Así, el misterio de la Iglesia, en la que Cristo y el Espíritu actúan el designio salvador de Padre, se manifiesta en una sociedad concreta e histórica. Así, los sacramentos, signos sensibles y eficaces de la gracia de Cristo, que se nos dan en la Iglesia sacramento universal.

Por lo tanto, si se quiere hacer ocupar a la Iglesia el lugar que le corresponde en la vida del cristiano, es necesario que en ella se reconozca a la luz de la fe su carácter de misterio. Con frecuencia se considera a la Iglesia desde un punto de vista simplemente exterior, y entonces se escapa el punto de vista de la fe que se profesa en el "credo", en el que la existencia de la Iglesia y su naturaleza son objeto de nuestra fe.

Pero se dirá: puesto que la Iglesia católica es algo cuya existencia cada uno puede comprobar, cómo puede ser un misterio? Esta pregunta acusa la falsa idea que se tiene del misterio cristiano. Y como lo anotábamos antes el misterio es una realidad concreta divina, riquísima y profunda, que se conoce por la revelación recibida en la fe, y que se manifiesta en una forma sensible que la significa y la pone en contacto con nosotros.

Si se busca una comparación que ilustre estas reflexiones, nada mejor que re-

(30) *Ibidem*, no. 1.

(31) Cfr. Lc. 8,10.

(32) Cfr. *Lumen Gentium*, no. 3

cordar la analogía que existe entre el misterio de la Iglesia y el de Cristo su fundador. Los judíos contemporáneos de Jesús que no creían en El, lo veían, oían sus palabras, pero según la profunda y punzante expresión de Jesús tomada de los profetas: "viendo no vean, y oyendo no entiendan" (31), no veían en El sino un hombre entre los otros hombres, y escuchaban sus palabras como simples palabras humanas, y así por falta de fe, se les escapaba su misterio. En cambio, los discípulos por la fe, penetraban en su realidad del Hijo de Dios hecho verdadero hombre. De la misma manera, los que no tienen la luz de la fe, pueden ver la Iglesia, pero no ven más allá de una simple sociedad humana. En realidad no la conocen, y se les escapa su misterio. En cambio los que tienen fe, acceden a su realidad de misterio análogo al de Cristo, y maravillosamente adaptado al hombre que es también un espíritu encarnado.

Quien conoce a Cristo sólo como hombre, no lo conoce. Quien sólo lo conoce como Dios, tampoco lo conoce. Es Dios verdadero y hombre verdadero, sin confusión de naturalezas pero indisolublemente unidas en la Persona del Verbo. Este es su misterio! Lo mismo la Iglesia: quien no ve en ella sino una realidad sociológica, no la conoce. Quien ve sólo sus dones sobrenaturales, tampoco la conoce. Ella resulta de la unión indisoluble y sin confusión de estos elementos. Y este es sin duda su misterio!

La Iglesia refleja en su misterio, el de Aquel que la fundó. De El recibió su profunda estructura mística que la une a El indisolublemente como la Esposa al Esposo. Ella nació, según la expresión de los Padres de la Iglesia, del costado de Cristo muerto en la cruz (32), que señala su "comienzo y expansión", y que significa que

Ella no tiene con Cristo muerto y resucitado las mismas relaciones que cualquier sociedad humana con su fundador, sino relaciones mucho más profundas, contínuas y vitales.

El misterio de la Iglesia nos introduce, pues, en el ámbito del misterio de la encarnación y de la obra redentora de Cristo, y necesariamente en el misterio trinitario, porque toda la Iglesia viene de esas alturas misteriosas como nos lo recuerda el Concilio Vaticano II resumiendo la fe cristiana de todos los tiempos. Por eso al terminar su exposición de esta doctrina católica, cita la famosa frase de San Cipriano: "Así se manifiesta toda la Iglesia como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (33). Frase que no hace sino recordar que para ser introducidos en la Santa Iglesia por el bautismo, lo somos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

7. LA REVELACION DEL MISTERIO DE LA IGLESIA

La Iglesia, como acabamos de ver, es una realidad sobrenatural que se encarna en un cuerpo social concreto en el que actúa Cristo y su Espíritu. De aquí que para conocerla en su verdad se necesita la revelación y la fe. No basta la ciencia histórica o sociológica, aunque ellas rectamente usadas pueden ayudar, dado que la Iglesia asume todo lo humano para valorarlo, purificarlo y darle su sentido profundo, su perfección y su proyección trascendente.

El Concilio Vaticano II expresa esta verdad con claridad: "La Iglesia que procede del amor del Padre Eterno, ha sido fundada en el tiempo por Jesucristo redentor, y congregada en el Espíritu Santo, tiene una finalidad salvífica y escatológica, que no se puede lograr plenamente

(33) *Ibidem.* no. 4,2.

(34) *Gaudium et Spes.* no. 40,2 y 3.

sino en el siglo futuro. Sin embargo está ya presente en la tierra, formada por la reunión de los hombres, es decir por miembros de la ciudad terrestre, que son llamados para formar en la historia del género humano la familia de los hijos de Dios . . . Esta familia reunida a causa de los bienes celestiales y enriquecida por ellos, ha sido constituida y ordenada en este mundo como una sociedad por Cristo, y equipada de medios aptos para una misión visible y social. . . Esta compenetración de la ciudad terrestre y de la ciudad celeste, no es perceptible sino por la fe; más aún, es un misterio permanente para la historia humana, la cual hasta el día de la plena revelación de la claridad de los hijos de Dios, seguirá perturbada por el pecado. La Iglesia persiguiendo su finalidad salvífica, no sólo otorga al hombre la participación de la vida divina, sino que refleja de cierto modo su luz sobre todo el universo, especialmente porque sana y eleva la dignidad de la persona humana, afianza la consistencia de la sociedad, e impregna la actividad cotidiana del hombre de un sentido y significado más profundo" (34).

De lo que antecede se ve el desenfoque del simple historicismo y sociologismo eclesiológico, a las que se escapa el verdadero ser y actividad de la Iglesia. Por eso el verdadero teólogo acude necesariamente a la divina Revelación fuente primaria de un conocimiento cierto y profundo de la Iglesia. Revelación que se nos comunica por la Sagrada Escritura y la Tradición divino-apostólica: "Ya que la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios en cuanto que se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición trasmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la Palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo, para que a la luz del Espíritu de la Verdad, con su predica-

ción fielmente la guarden, la expongan y difundan; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir ambas (la Sagrada Escritura y la Tradición) con un mismo espíritu de piedad" (35).

Acude también el teólogo subsidiariamente, para el aspecto visible de la Iglesia, a la analogía con las otras sociedades humanas, pero teniendo presente que es una simple analogía, es decir, que lo que se dice en las ciencias históricas y sociales de otras sociedades, solo se aplica en un aspecto a la Iglesia, y que aun en ese aspecto hay una diversidad y una diferencia insalvable, dada su estructura mística.

La riqueza del misterio de la Iglesia viene expresado en la Revelación en múltiples formas, de las cuales ninguna agota su contenido, pero señalan uno de los aspectos, por lo cual siempre hay que tenerlas todas presentes aunque se hable de uno sólo aspecto.

En el Nuevo Testamento se encuentran unas ochenta expresiones para hablar de la Iglesia. El Concilio Vaticano ante tanta riqueza, no quiso recordarlas todas, pero agrupó muchas de ellas en torno a cuatro temas: la vida pastoril, la vida agrícola, la construcción y la vida de familia (36). Sin embargo destacó algunas de ellas por su importancia pregnante con relación a la Iglesia, v.g. "pueblo de Dios" "reino de Dios", "Cuerpo de Cristo". Dedicuemos a ellas unas breves reflexiones.

(35) Dei Verbum, no. 9.

(36) Cfr. Lumen Gentium, no. 6.

(37) Lumen Gentium, no. 9,1.

(38) Cfr. Jn. 8,23.

8. LA IGLESIA "PUEBLO DE DIOS", "NUEVO ISRAEL"

Al comenzar el Concilio Vaticano II a tratar sobre la expresión bíblica "pueblo de Dios", trae una enseñanza católica importante. Nos dice: "Quiso el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituirlos en un pueblo que lo conociera en la verdad y le sirviera santamente" (37). Esto quiere decir, que el designio salvífico de Dios se realiza de una manera social, no en el individuo como tal, sino en el individuo como miembro de un pueblo. Así que el individuo para participar de este designio salvador en Cristo, tiene que pertenecer o relacionarse con este pueblo, que es el portador de la salvación.

La Iglesia es, pues, un pueblo, pero "un pueblo de Dios", es decir, reunido por la libre voluntad de Dios, no por la simple voluntad humana, como otros pueblos. Por eso el hombre es llamado por Dios a la Iglesia, y recibido en ella.

En esto se ve que la palabra *pueblo* no se aplica a la Iglesia sino de una manera análoga, pues es un pueblo especial, cuya constitución y reunión viene de lo alto, como el mismo Cristo (38).

Dada la significación que se da hoy día a la palabra *pueblo* en el lenguaje ordinario, debemos anotar que al aplicarlo a la Iglesia no se quiere significar una parte de la sociedad contrapuesta a una aristocracia o a los estamentos de gobierno, sino que incluye a todos los miembros de la Iglesia, sea cualquiera la función que en Ella desempeña. Todos son "pueblo de Dios", sin ninguna contraposición de tipo

político o sociológico. Claro que en la Iglesia hay diversos ministerios y dones otorgados por el Espíritu Santo, y que Ella tiene una estructura fundamental jerárquica y laical dada por el mismo Cristo, pero esto no contrapone a los miembros de este pueblo, ni los hace pertenecer más o menos a él, sino que todos participan de la dignidad de miembros de este pueblo. A este respecto enseña el Concilio Vaticano II: "El pueblo elegido de Dios es uno: "un Señor, una fe, un bautismo" (Ef. 4,5); común la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de hijos, común la vocación a la perfección, una la salvación, una la esperanza, y una la indivisa caridad. Ante Cristo y ante la Iglesia no existe, pues, desigualdad alguna en razón de estirpe o nacimiento, condición social o sexo. . . Y si es cierto que algunos por voluntad de Cristo, han sido constituidos para los demás como doctores, dispensadores de los misterios y pastores, sin embargo se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad y a la acción común" (39).

a. La Iglesia "pueblo de Dios" en el conjunto del plan divino.

La Iglesia se sitúa en la historia de salvación en el orden del retorno del hombre y del universo hacia Dios en Cristo. Es una de las piezas maestras de esta historia de salvación.

Dios no abandonó su obra de creación, alejada de El por el pecado, sino que por medio de Cristo y en el Espíritu Santo la vuelve de nuevo hacia sí, y el medio histórico concreto y presente a todas las generaciones para realizar este designio es la Santa Iglesia (40).

Ella en primer lugar y de manera principal vuelve a Dios a las personas a quienes incorpora como miembros arrancándolas del pecado y santificándolas. La Iglesia, pueblo de Dios, dice el Concilio, "constituído por Cristo, en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por El como instrumento de la redención universal, y es enviado a todo el mundo con luz del mundo y sal de la tierra" (41).

Pero en la creación, como hay personas, también hay cosas. Y por mediación de las personas, punto de confluencia del universo, todas las cosas deben ser devueltas igualmente a su jerárquica destinación primitiva. La Iglesia tiene sus bendiciones para ellas. Bendice no solo objetos de piedad, que ayudan como símbolos para retornarnos a Dios, sino todas las cosas de que se sirve el hombre, y que le fueron dadas por Dios en la creación, o son fruto de su actividad sobre esta misma creación, cooperando así con la maravillosa acción creadora. Bellamente dice el Concilio a este respecto: "Una cosa hay cierta para los creyentes: que la actividad humana individual y colectiva, es decir, el conjunto ingente de los esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para mejorar su condición de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios, recibió el mandato de someter la tierra y cuanto en ella se contiene, gobernar el mundo en la justicia y santidad, y reconociendo a Dios como Creador de todo, relacionarse a sí mismo y todo el universo con Dios, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre, sea admirable el nombre de Dios en el mundo. Esto vale de los quehaceres más ordinarios. Porque los hom-

(39) Lumen Gentium, no. 32,2,3.

(40) Cfr. *Ibidem* no. 2.

(41) *Ibidem*, no. 9,2.

bres y mujeres que mientras se ganan con el trabajo el sustento para sí y sus familias organizan su trabajo de modo que resulte provechoso para la sociedad, con razón pueden pensar que con ese mismo trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia" (42).

Así, pues, la Iglesia es el punto de encuentro, en el cual toda la obra del Creador retorna a su origen. Es el sacramento del mundo, la forma de adoración y bendición de todo el universo, que le da su sentido divino a la tierra. La misión de la Iglesia es invadir con invasión pacífica toda la tierra para santificarla, y así efectuar "la consagración del mundo" de que nos habla el Concilio (43).

Ya Santo Tomás de Aquino, de manera lapidaria, había dicho de la Iglesia que es "reditus creaturae rationalis in Deum", el volver de la creatura racional a Dios. En esto se dice todo, porque por voluntad de Dios la creatura racional se inserta al cosmos.

Es necesario, pues, considerar a la Iglesia como la depositaria de la fuerza redentora y purificadora que le comunica Cristo en el Espíritu, como el "pueblo de Dios" en el sentido fuerte y bíblico de esta expresión. De aquí que sea necesario implantarla en todas partes, porque tiene que comunicar a todos la virtud redentora de Cristo. En esto arraiga su catolicidad y su dinamismo misionero.

Sin duda, que habiendo hecho Dios al hombre libre, y dándole espacio para ejercitar esta libertad, que puede ser mal usada, este pueblo de Dios encuentra de hecho resistencias. Hay quienes lo rechazan

abiertamente o quienes tratan de ponerlo al servicio de su orgullo o de su egoísmo. Pero donde quiera que una voluntad culpable no le pone obstáculos, él difunde la virtud redentora.

Este "pueblo de Dios" es obra de Cristo, es su redención que marcha en la historia en forma de "pueblo" guiado por el Espíritu. Nunca la Iglesia ha sido un "getto", como tratan de calificarla los que no han comprendido su peregrinar histórico. Siempre movida por el Espíritu se ha dirigido al mundo, y a pesar de las fronteras que se le quieren imponer, sobre todo las que pasan por el corazón del hombre, sigue su marcha peregrinante hacia su meta, encarnando la virtud redentiva de Cristo.

Este pueblo llegará al fin de su peregrinaje, a su tierra prometida. Allí la Iglesia quedará transformada en la Jerusalén celeste (44). Desaparecerá todo aquello que era el bagaje necesario en su peregrinación histórica. Hoy todavía una parte de la Iglesia es peregrina, mientras que otra acompaña ya en su gloria a Cristo resucitado. En el final, todo el pueblo de Dios, llegará a la consumación bienaventurada. Por eso en todas las épocas de su historia, este pueblo de Dios, iluminado en lo más íntimo de su ser por la esperanza cristiana, la fe y el amor, vive en perpetua tensión hacia su meta definitiva.

b. La Iglesia, "pueblo de Dios", objeto de preparaciones providenciales

En el desarrollo del plan histórico de salvación, Dios fué preparando la aparición de la Iglesia. Esta preparación se verifica en la historia por medio del pueblo de Israel. Esta enseñanza de la Revelación

(42) *Gaudium et Spes*. no. 34,1,2.

(43) *Lumen Gentium*. no. 35,2.

(44) Cfr. *Apoc.* Cap. 21 y 22.

la declara así el Concilio Vaticano II: Dios "eligió como pueblo suyo al pueblo de Israel con quien estableció una alianza, y a quien instruyó gradualmente manifestándose a sí mismo y a sus divinos desig-nios a través de la historia, y santificán-do lo para Sí. Pero todo esto lo realizó como preparación y figura de la nueva alianza perfecta que había de establecer en Cris-to, y de la más plena revelación que ha-bía de hacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne. "He aquí que llega el tiem-po, dice el Señor, y haré una nueva alian-za con la casa de Israel y con la casa de Judá. Pondré mi ley en sus entrañas y las escribiré en sus corazones, y seré Dios pa-ra ellos, y ellos serán mi pueblo . . . Todos desde el pequeño al mayor me conocerán, afirma el Señor" (45). Nueva alianza que estableció Cristo en su sangre (46), convo-cando un pueblo de entre los judíos y los gentiles que se condensara en unidad, no según la carne sino en el Espíritu, y cons-tituyeran un nuevo pueblo de Dios" (47).

Por eso la Iglesia es llamada, siguiendo a San Pablo, el "verdadero Israel de Dios", del cual el primero no era sino su prepara-ción y figura. Israel antiguo vino a ser pueblo de Dios, por un llamamiento, una promesa, y una alianza. Su liberación de Egipto es una preparación, y una señal de la amplia y progresiva liberación futu-ra que termina en la Iglesia en su estadio final.

La vocación y la promesa la tenemos en Abraham. Dios lo llamó y le prometió que tendría un hijo de Sara, hijo que hu-manamente no podía esperar. Este hijo vendría a ser el padre de un gran pueblo.

Con Moisés, cumple Dios lo que se proponía con su llamamiento y promesa que culmina en una alianza, que es cons-

(45) Jer. 31,31-34.

(46) Cfr. 1 Cor. 11,25.

(47) Lumen Gentium, no. 9,1.

titutiva de este pueblo como pueblo de Dios. Esta alianza tiene pues una caracte-rística única: entre Israel y Dios se esta-blecen lazos peculiares y misteriosos, que se proyectan en el futuro. Dios será el ver-dadero Señor de Israel, y los hombres que lo gobernarán lo harán en su nombre y con su autoridad. Tal es el sentido de la teocracia en Israel, que no sería posible en otros pueblos. La unión de Dios con Israel tendrá una intimidad que los profetas comparan con los esponsales. Todo esto tiene un carácter religioso, pero el pla-no temporal aparece muy de relieve.

La vocación, la promesa y la alianza, van adquiriendo con la predicación de los sucesivos profetas características cada vez más espirituales y universales. Anuncia-ron a un pueblo que repetidamente aban-donaba sus lazos de alianza con Dios, que sólo un "resto" tendría parte en el cum-plimiento de las promesas, porque el cumplimiento de ella, no consistía en una observancia exterior de la Ley que la ex-presaba, sino que existía una justicia inte-rior y espiritual, que implicaba una recta disposición del corazón. En su predica-ción empiezan a enseñar de cuando en cuando, que los pecadores de Israel que-dan excluidos de la herencia del pueblo, mientras que los justos de otras naciones pueden ser asociados por la integración al pueblo elegido.

Jeremías, Ezequiel, Zacarías hablan de una nueva alianza que superará la antigua. Y de hecho esta nueva y definitiva alianza será históricamente sellada con la sangre de Cristo en la cruz, se concluirá con el nuevo pueblo que es la Iglesia, que lleva a la plenitud de su realización el anuncio profético. En la institución de la Eucaris-tía, actualización perpetua del único sa-crificio de la cruz, Cristo instaura la nueva

alianza en su sangre diciendo: "Este caliz es la Nueva alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros" (48). Por eso la eucaristía es algo constitutivo del pueblo de Dios, y se ha llamado con razón el "corazón de la Iglesia". De aquí la importancia y responsabilidad de las sucesivas generaciones cristianas, de reunirse el domingo en torno a la mesa eucarística, donde se ratifica su credencial de verdadero pueblo de Dios, fundado en la Nueva Alianza en la sangre de Cristo, "quien fué entregado por nuestros pecados y fué resucitado para nuestra justificación" (49). Este es uno de los profundos significados del sacrificio eucarístico, con relación a la Iglesia.

Los bienes prometidos en esta Alianza Nueva, no son bienes temporales, aunque ya empezamos a participar de ellos en esta vida, sino bienes divinos, que el Nuevo Testamento expresa en diversas formas: "herencia incorruptible" (50), "herencia del Reino de Cristo" (51), "herencia de la vida eterna" (52), "acceso a la Jerusalén celeste" (53), "comuni6n de vida con Dios" (54), etc.

La Iglesia es pues la plenitud de Israel, pero una plenitud desbordante que la hace un nuevo pueblo, llevando a su perfecci6n, pero en un nuevo plano original y superior, los elementos constitutivos del pueblo de Israel, tales como "elecci6n", "promesa", "alianza", y enriqueci6ndose con nuevos elementos propios de este nuevo Israel de Dios.

(48) Lc. 22,20;

(49) Rom. 4,25.

(50) 1 Pedr. 2,4.

(51) Ef. 5,6.

(52) Tit. 3,7.

(53) Cfr. Hebr. 12,22.

(54) Cfr. 1 Cor. 1,9; 1 Jn. 1,3.

Cuando la Iglesia sale del Cenáculo, ya animada por el Espiritu Santo, y comienza a dar sus primeros pasos en la historia, los Ap6stoles anuncian a los judíos que las promesas y preparaciones hechas por Dios han tenido su cumplimiento. El verdadero Israel ya existe, y sus verdaderos dones le han sido concedidos.

La palabra Iglesia con la que se designa a este nuevo Israel, es una palabra felizmente expresiva, porque contiene la idea de llamamiento, vocaci6n, y de pueblo reunido, y no una simple uni6n de individualidades. Las promesas se realizan pues socialmente, y la "existencia cristiana", no es concebible sino en la unidad de la sociedad eclesial a la que se ingresa. La Iglesia como tal, es la que adquiere la herencia de los bienes celestes, y los individuos s6lo en cuanto miembros de ella. Es un pueblo organizado para peregrinar en la historia, pero destinado a ser una comunidad celeste en la plenitud del Reino de Dios.

9. LA IGLESIA Y EL REINO DE DIOS

Hay otra expresi6n en la Escritura que se relaciona íntimamente con el misterio de la Iglesia y revela aspectos importantes de su naturaleza y misi6n. Esta expresi6n es: "Reino de Dios", o "Reino de los cielos", en la que la palabra "cielos" sustituye a la palabra Dios, seg6n la costumbre de los judíos de no usar el nombre de Dios, sino un equivalente, para mostrar su reverencia y adoraci6n hacia Dios.

El entender la realidad que se revela en esta expresión bíblica tiene gran importancia en la eclesiología y librará de concepciones erróneas tanto del pasado como del presente.

a. Cristo predica y realiza el Reino de Dios.

El sentido religioso y espiritual del Reino de Dios que ya había empezado a comprenderse en el Antiguo Testamento sobre todo por la predicación de los profetas, culmina en Cristo. Al revés de lo que muchos esperaban, el Reino de Dios sobre los hombres, no es un reino temporal y político del pueblo de Dios. No es la restauración terrena del reino de Israel. En este sentido las palabras de Jesús pronunciadas ante Pilatos son decisivas: "Mi reino no es de este mundo (como los de este mundo). Si mi reino fuese como los de este mundo, mi gente habría combatido, para que yo no fuese entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí" (55). El reino y la realeza de Dios de que se trata, es un Reino de amor salvífico de justificación y de paz, que penetrará la interioridad de la persona humana, desbordará sobre lo que la rodea, comenzando en el tiempo para tener su plenitud en la eternidad.

Cuando Cristo apareció e hizo el centro de su predicación el Reino de Dios, no habló de una cosa desconocida para los judíos. Lo que era verdaderamente nuevo era el contenido y la promulgación de la venida del Reino. "Después que

Juan fué preso marchó Jesús a Galilea, y proclamaba la Buena Nueva de Dios: el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca (56).

Era en verdad el gran anuncio, el cumplimiento de la gran esperanza de Israel, la inauguración de los tiempos finales (escológicos), con la coronación de la gran obra de Dios sobre el hombre, que acontecería en la Parusía o segunda venida de Cristo.

La razón de la predicación y de las obras de Cristo es el realizar la venida y el establecimiento de este Reino (57). La idea profunda de esta predicación y de estas obras de Cristo, es el establecer que los tiempos definitivos del amor salvador de Dios se han abierto. Por eso es el tiempo de las bodas(58), es el tiempo de la cosecha (59), es el tiempo del vino nuevo (60). Desde el momento en que Cristo está presente, el Reino de Dios está presente. Por eso dice San Lucas en frase significativa, y marcando claramente las etapas de la historia de salvación: "La Ley y los profetas llegan hasta Juan, desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar" (61).

Pero Cristo, no sólo predica, sino que expresa en sus actos y obras, que El es en sí mismo y en su misión, el Reino y su instaurador. Pasaje significativo a este respecto es el de Lucas: "Vino a Nazaret donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el día sábado, y

(55) Jn. 18,36.

(56) Mc. 1,14-15.

(57) Cfr. Mc. 1,38; Lc. 4,43.

(58) Mc. 2,19-20.

(59) Mt. 9,37-39;

(60) Mc. 2,22.

(61) Lc. 16,16.

se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías, y desenrollando el volumen halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí porque me ha ungió, me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos, y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos, y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en El. Comenzó pues a decirles: Esta escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy" (62).

La persona de Cristo y sus signos milagrosos son la irrupción del Reino de Dios en la historia humana. Los milagros de Jesús, son, como dice muy bien el Padre de Grandmaison: "el Reino de Dios en hechos" (63). Significan y autentican su misión de establecedor del Reino. Así los presenta el mismo Jesús a los enviados de Juan el Bautista (64). Y en esta perspectiva tienen su pleno sentido las palabras de Jesús después de la curación de un endemoniado ciego y mudo: "pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (65).

Y este Reino se presenta como el cumplimiento fiel por Dios de la promesa hecha a Israel. En el anuncio a María le dice el Angel: "concebirás y darás a luz un

hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin" (66). Así lo comprende la Virgen María, al decir en su canto del "Magnificat": "Acogió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, como había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su linaje por los siglos" (67).

Por esta gran fidelidad de Dios, el misterio personal de Cristo se dirigió exclusivamente al pueblo de Israel. San Pablo explica este sentido profundo de la actitud de Cristo diciendo: "Pues afirmo que Cristo se puso al servicio de los circuncisos, para honrar la veracidad divina, para dar cumplimiento a las promesas hechas a los patriarcas" (68).

La venida de Cristo es la venida del Reino. El mismo es el Reino. Por eso entrar en el Reino es hacerse discípulo de Cristo. Rehuser seguirle es excluirse del Reino. Los evangelistas nos hacen percibir esta verdad cuando la palabra Cristo en textos paralelos puede sustituirse sin inconveniente por la de Reino. Así, v.g. Mateo nos dice: "Y todo el que haya dejado casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda *por mí*. . . heredaré la vida eterna" (69). El mismo texto en San Lucas dice: "Nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres e

(62) Lc. 4,16-21.

(63) L. de Grandmaison, *Jésus-Christ* t. 2, p.366.1929.

(64) Mt. 11,4-5.

(65) Mt. 12,28.

(66) Lc. 1,31-33.

(67) Lc. 1,54-55.

(68) Rom. 15,8.

(69) Mt. 19,29.

hijos, por *el Reino de Dios*, quedará sin recibir. . . la vida eterna" (70).

Esto le da su profundidad radical al misterio del Reino, que en realidad consiste en el gran misterio de comunión con Dios en Cristo y su Espíritu.

b. Algunas características del Reino de Dios.

El Reino según la predicación de Cristo se caracteriza por una gran liberación espiritual del pecado, anunciada ya por Jeremías y Ezequiel (71), expresada en palabras y hechos: el Reino es la destrucción del dominio del mal, de Satán. Esta es la verdadera esclavitud del hombre, de la cual sólo puede liberar Cristo (72). Por eso la primera condición para entrar en el Reino es la "conversión" (73), y por eso Jesús comienza su predicación proclamando: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva" (74).

El Reino de Cristo que es misterio de conversión y de perdón es por lo mismo misterio de penitencia y de libre opción, y en este sentido es la máxima responsabilidad en este mundo. Para adquirirlo es necesario, si las circunstancias lo demandan, hacer los mayores sacrificios aun el de la misma vida: "Si alguno viene a donde mí y no me prefiere (semíticamente se dice: odia) a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío" (75).

(70) Lc. 18,29; Cfr. también: Mt. 16,28; Mc. 9,1.

(71) Jer. 31,34; Ez. 36,25; Cfr. Mt. 1,21.

(72) Cfr. Jn. 8,31-36; Cfr. Mt. 12,28.

(73) Mt. 9,12-13.

(74) Mc. 1,15.

(75) Lc. 14,26-32.

(76) Lc. 12,32.

(77) Mt. 22,1-14.

(78) Mt. 18,3-4.

Este Reino que se ha de aceptar libremente es, ante todo, un don gratuito de Dios a los hombres: "No temas pequeño rebaño, porque a Vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino" (76). Y la parábola de las bodas del Reino, inculcan a la vez la gratuidad del llamamiento y la responsabilidad de la respuesta (77). Para acoger ese gran don de Dios se necesita la verdad de la humildad y de la sencillez que reconoce su propia insuficiencia ante Dios: "Yo os aseguro si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así, pues, quien se haga pequeño como este niño, ese es el mayor en el Reino de los Cielos" (78). Y las bienaventuranzas no son otra cosa que la alabanza de aquellos que se ponen en una actitud de verdad y sinceridad ante Dios, reconociendo su pobreza y necesidad religiosa y total con respecto a Dios de quien dimana todo don perfecto que le llega al hombre, siendo él mismo en su propia existencia un don del amor de Dios. Es la aceptación profunda de la pobreza radical del hombre, necesaria para fundar en la verdad la vida religiosa auténtica, que se abre al don salvífico del Reino de Dios en Cristo Jesús.

Este Reino que se ofrece a todos los hombres es, pues, universal tanto en profundidad porque debe penetrar hasta la intimidad de la persona humana, como en extensión en cuanto abarca a todos los hombres, con la condición de que sea

aceptado libremente. Ya los profetas habían entrevisto esta universalidad, que se afirma en todas partes en el Nuevo Testamento tanto en palabras como en hechos. "Y os digo que vendrán muchos de oriente y occidente a ponerse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos" (79). Palabras que anuncian la universalidad del Reino, pero que en la segunda parte del texto indican que si no es aceptado libremente, entonces, aun los pertenecientes al pueblo de Israel si no lo aceptan, "serán hechados a las tinieblas de fuera".

Después de su resurrección afirmará Jesús con toda solemnidad y con toda su fuerza esta universalidad. Dirigiéndose a sus apóstoles, núcleo del nuevo Israel que substituye al antiguo les dice: "Me ha sido todo poder en el cielo y en la tierra. Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (80). Es la proyección histórica del Reino.

El día de pentecostés, cuando el Espíritu Santo enviado por Cristo sobre los Doce y la Iglesia naciente, empieza a realizarse históricamente esta universalidad del Reino. La Iglesia primitiva con una conciencia impresionantemente dinámica, empezó su obra de implantación en el mundo del Reino de Dios.

Pero esta implantación del Reino será progresiva y tiende a su plenitud futura.

(79) Mt. 8,11.

(80) Mt. 28,18-20.

(81) Mt. 13,31-32.

(82) Mt. 13,33.

(83) 1 Cor. 15,24; Cfr. Mt. 13,41-43.

(84) Mt. 25,1-30.

Dicho en otras palabras, el Reino de Dios existe en dos estadios: históricamente en el tiempo, en su realización incoativa, y en su plenitud en un final metahistórico.

El Nuevo Testamento no disocia estas dos perspectivas. Al mismo tiempo que es una realidad presente, histórica en su desarrollo, es en su plenitud una realidad futura. Es como una semilla que se siembra y debe fermentar toda la masa (82). Aún se vive la fase transitoria que tiende a su fase definitiva, que se expresa como "reino del Padre". Es clásica en este respecto la enseñanza de San Pablo hablando de la coronación de la obra salvífica de Cristo: "Luego el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruído todo principado, dominación y potestad" (83), es decir, a todos los poderes enemigos del Reino de Dios.

Por no distinguir esta doble perspectiva neotestamentaria se ha incurrido en el error de suprimir una de ellas, principalmente su estadio progresivo e histórico.

Siendo el Reino algo que progresa hacia una plenitud final, se impone la espera y la vigilancia que inculcan ciertas parábolas evangélicas (84).

Pero por qué esta etapa de desarrollo? Sencillamente porque el Reino, don gratuito de Dios, debe ser objeto de una opción libre del hombre, y hay por lo tanto que dar un espacio al ejercicio de esta libertad humana, que está en el centro de su ser de hombre y constituye su máxima dignidad. Desde este punto focal se entiende en su trascendencia la parábola

del sembrador (85), y las otras parábolas que delinear fuertemente la responsabilidad humana (86).

De aquí también proviene el carácter entremezclado del Reino en su etapa de desarrollo, que según las opciones libres, comprenderá a la vez zizaña y buen trigo, buenos y malos peces etc (87). Teniendo en cuenta esta enseñanza evangélica, nadie podrá escandalizarse justamente que esto se compruebe históricamente en la etapa del desarrollo del Reino.

c. La Iglesia, germen del Reino, continuadora de la misión de Cristo.

A pesar de la fidelidad de Dios, su Reino es rechazado por aquellos que debían ser los primeros en acogerlo. Lo que debía ser continuidad y cumplimiento, vino a ser ruptura y drama, del que la cuádruple tradición evangélica nos da doloroso y elocuente testimonio. Sin embargo la fidelidad de Dios no fallará. Por el contrario, de manera sorprendente, al morir en la cruz a manos de su pueblo infiel, lo hace en sacrificio de redención por él y por todos los hombres para implantar el Reino. Y con los israelitas fieles funda su Iglesia el nuevo Israel de Dios.

En el Antiguo Testamento ya se había enunciado este drama de la infidelidad de Israel y de la fidelidad de Dios en múltiples formas, especialmente en la figura del Siervo de Yahve y en la profecía del "Resto" fiel (88) con el que perpetuará su pueblo.

Así, el Reino de los Cielos quedará ligado en su período histórico a un nuevo

pueblo de Dios, heredero de Israel, que tendrá por misión continuar la misión de Cristo de establecerlo en el trascurso de la historia. El Reino no es, como algunos dicen, sólo "un acontecimiento de gracia" sino un acontecimiento en una institución que lo perpetúa y actualiza en cada momento histórico. Lejos de contradecirse el acontecimiento de gracia del Reino con la institución visible durante su etapa de implantación y crecimiento, podemos decir que la exige para su verdadera inserción histórica, y ser un acontecimiento real para los hombres que no son puro espíritu, sino espíritus encarnados, y a los cuales el misterio del Reino tiene que ser revelado en forma perceptible para ellos y armónicamente con su naturaleza visible e histórica.

Por eso Cristo al revelar su propio misterio, se nos revela como verdadero "Hijo del hombre" que implica en realidad su trascendencia, pero que también afirma su indudable realidad de hombre unido al "pueblo de los santos" (89). El se presenta como Pastor y Mesías, y jamás en la Escritura del Mesías se presenta separado del pueblo mesiánico, ni al Pastor sin rebaño.

Al desarticular esta conexión íntima que existe en la revelación del plan salvífico de Dios en Cristo, entre El y el Reino y el pueblo de Dios, se entiende el error de muchos, que condensa aquella famosa frase que se atribuye a Alfredo Lisy, modernista de principios del siglo: "Cristo predicó el Reino de Dios y tuvo por misión establecerlo . . . y resultó la Iglesia". A la luz de la Escritura se ve muy bien por qué resultó la Iglesia; porque Ella es

(85) Mt. 13,3-24.

(86) Lc. 19,11-27.

(87) Mt. 13,34-51.

(88) Cfr. Is. 4,3 y Cfr. nota Biblia de Jerusalén a este versículo.

(89) Cfr. Dan. 7,13-14 y 7,27.

la continuadora y la que actualiza la misión de Cristo de predicar y establecer el Reino de Dios hasta que venga su plenitud, y en Ella y por Ella se va estableciendo. El Concilio Vaticano II expresa así esta verdad católica: "La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador, observando fielmente sus preceptos de caridad, de humildad y de abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo entre todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino" (90).

Por eso Cristo no se contenta con predicar el Reino, sino que poco a poco va poniendo los fundamentos de la organización comunitaria del Nuevo Israel, que será portador del Reino a los hombres de todas las generaciones, y lo va realizando en sí mismo hasta su cumplimiento final.

En primer lugar y ya desde el principio de su actividad va reuniendo discípulos al rededor suyo. Es un grupo pero bien pronto aparece como específico. "Entonces se le presenta a los discípulos de Juan y le dicen: por qué mientras nosotros y los fariseos ayunamos, tus discípulos no ayunan?" (91).

Hay que notar sin embargo que a los comienzos no se trataba de separación con el pueblo de Israel; por el contrario, Jesús procura evitar la ruptura: "Jerusalén que matas a los profetas, y apedreas a los que a tí son enviados! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus polluelos bajo las alas,

y no habéis querido! Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa" (92).

Su misión era, pues, el reunir a todo Israel; pero este lo rechaza, y no se puede evitar la consecuencia de este rechazo.

Teniendo en cuenta este hecho dependiente de la libre voluntad de los hombres, Jesús manifiesta su intención de organizar el pequeño "resto" fiel que lo acompaña y al que el Padre va a dar el Reino: "No temáis pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino" (93). Será el Nuevo Israel formado del "resto" profetizado, y que sociológicamente será distinto del antiguo Israel, aunque religiosamente es su continuación y plenitud. Este Nuevo Israel será su Iglesia (94), pero Ella será el fruto de su sacrificio redentor, y por eso después de hablar de su Iglesia, habla abiertamente de su sacrificio (95), como verdadero Siervo de Yahve que muere por el pueblo (96). El evangelio de Mateo pone en gran relieve estos tres hechos: rechazo de Israel, propósito de Cristo de fundar su Iglesia, y sacrificio redentor que termina en el triunfo de la resurrección y misión solemne de los Doce y por ellos de su Iglesia al mundo.

Jesús entre sus mismos discípulos había organizado una estructura especial, que aparece nítidamente en la cuádruple tradición evangélica. Para ello escoge de entre sus discípulos a "los Doce". Esta

(90) Lumen Gentium. no. 5,2.

(91) Cfr. Mt. 9,14;12,2; Mc. 7,2-5; 9,38; Lc. 12,1ss.

(92) Mt. 23,37-39; Cfr. Lc. 19,41-42.

(93) Lc. 12,32.

(94) Mt. 16,18.

(95) Mt. 16,21.

(96) Cfr. Is. 53.

escogencia está subrayada en los evangelios con especial cuidado (97).

Por otra parte en estas narraciones aparece en primer lugar la iniciativa de Cristo y su libre elección. "Y llamó a los que quiso", dice Marcos (98). En segundo lugar el sentido profundo de este gratuito llamamiento aparece en el simbolismo del número Doce. Serán Doce, como los Doce patriarcas de las Doce tribus de Israel. Es simplemente el Nuevo Israel que nace del "resto" profetizado.

El nombre que se dió a "los Doce" en la primitiva Iglesia, y que parece provenir del mismo Cristo, indica la función que deben desempeñar en el Nuevo pueblo. Se los llama Apóstoles, es decir, "enviados", los cuales según el pensamiento judío implicaba la representación de la persona misma que lo envía. Esta idea es clara en la mente de Jesús, cuando al enviar a los Doce a su primera misión les dice: "Quien a vosotros recibe a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado" (99). Y en otra ocasión: "El que os escucha a vosotros a mí me escucha; y el que os rechaza, a mí me rechaza; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado" (100). Y después de su resurrección dice a los Doce de manera misteriosa y solemne: "Como el Padre me envió, así yo os envío" (101).

La función que les da Jesús los liga especialmente con El y su misión. Marcos dice: "Instituyó doce, para que estuvieran con El, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios" (102), es decir de derribar el imperio del mal y establecer el Reino.

De ellos espera Jesús una adhesión peculiar como aparece en el Evangelio de S. Juan al narrar el evangelista el abandono de muchos discípulos después de su enseñanza del Pan de Vida. "Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con El. Jesús dijo entonces a los Doce: también vosotros queréis marcharos?" (103).

A ellos confía progresivamente antes de la misión final, determinados ministerios y poderes (104). Serán también partícipes de su destino doloroso, pero también de su triunfo final: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo por mi parte dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa em mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (105).

Pero aun dentro de este grupo de "los Doce", uno de ellos, Pedro, tiene un oficio principal. La cuádruple tradición evangélica lo atestigua claramente en múl-

(97) Mt. 10,1-4; Mc. 3,13-19; Lc. 5,1-11; 6,12-16; Jn. 1,35ss.

(98) Mc. 3,15.

(99) Mt. 10,40.

(100) Lc. 10-16.

(101) Jn.20-20.

(102) Mc. 3,14;

(103) Jn. 6,66-67.

(104) Mt. 10,1; Mc. 3,15; 6,7-13; Lc.9,1 ss.

(105) Lc. 22,28.

tiples detalles y textos de importancia capital. Y los Hechos de los Apóstoles al ocuparse de Pedro y de su actividad en la Iglesia naciente en los doce primeros capítulos, reliva su situación entre "los Doce" de manera significativa. Cuando Pedro es hecho prisionero, anota San Lucas: "Así pues, Pedro estaba custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios" (106). Las cartas de San Pablo muestran bien la importancia que daba el apóstol de los gentiles a Pedro, a quien él llama "Roca", según el nombre que le puso el mismo Cristo. Lo cita como el primer testigo de la resurrección, (107) y en la polémica carta a los Gálatas nos cuenta cómo al subir a Jerusalén después de su conversión: "Subí para conocer a Cefas (Roca) y permanecí quince días en su compañía" (108), y aun en su diferencia con Pedro respecto al comportamiento que se había de tener en el espinoso problema de las relaciones entre los cristianos venidos del judaísmo y de los gentiles, muestra Pablo precisamente en su celo ardoroso y polémico, la importancia capital que tenía para él y para los primitivos cristianos la actitud de Pedro (109). Según los Hechos de los Apóstoles, es a Pedro a quien se hace la revelación de admitir a los gentiles a la Iglesia y recibir el bautismo y el Espíritu Santo y a Pedro también corresponde sostener la primera polémica sobre este punto con los judeo-cristianos (110).

En el Nuevo Testamento hay cuatro listas de los nombres de "los Doce", y en todas ellas siempre se nombra de primero a Pedro, aunque los nombres de los demás ocupan diversos lugares. Es diciente la fórmula con que San Mateo introduce esta lista: "Primero Simón llamado Pedro" (111). Pero sobre la amplia base de múltiples detalles neotestamentarios que indican el lugar preeminente de Pedro, se destacan textos de importancia capital, que explican con claridad y unifican todos estos detalles. Así, v.g. el llamado texto de la promesa, que explica y da todo su significado al cambio de nombre de Simón en el de Pedro (Roca), y que hizo el mismo Jesús en un momento crucial de su vida en que Pedro le reconoce como el verdadero Mesías. Pedro, en efecto, será por voluntad de Cristo, la roca para edificar su Iglesia, de tal manera que puede resistir todos los embates. Cristo le confiará las llaves del Reino, como a intendente fiel, la potestad de atar y desatar en este mundo, y sus desiciones en virtud de esta potestad recibida de Cristo serán ratificadas por Dios en los cielos (112). Antes de padecer confiere a Pedro la misión de confirmar en la fe a sus otros compañeros (113), y ya resucitado, pronto a desaparecer visiblemente de este mundo, nombra a Pedro con una triple reiteración pastor de su rebaño, del cual es él el Supremo Pastor (114). La más refinada hipercrítica, ha fracasado al tratar de reducir el

(106) Hechos 12,5.

(107) 1 Cor. 15,5.

(108) Gal. 1,18.

(109) Cfr. Gal. 2,1-14;

(110) Cfr. Hechos cap. 10-11.

(111) Mt. 10,1-4; Mc. 3,16-19; Lc. 6,13-16; Hechos 1,13;

(112) Cfr. Mt. 16,16-19.

(113) Lc. 22,32.

(114) Jn. 21,15-17.

significado trascendental de esta testificación y amplia base neotestamentaria.

Hay que notar aquí también que a ese grupo de "los Doce" así estructurado con su cabeza Pedro, el mismo Jesús le confirió el poder de "atar y desatar" (115).

Queda, pues, organizado por Cristo "el Resto", el "pequeño rebaño", "el nuevo Israel de Dios", germen y portador del Reino hasta el fin de la historia. Pero la vivificación de esta organización social hecha por Jesús durante su vida terrestre será fruto de su muerte redentora y su resurrección, cuando el Espíritu Santo tome posesión de ella el día de Pentecostés como se lo anunció el Señor Jesús el día de su ascensión: "recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra" (116).

De aquí que la oración de estos hijos del Reino de Dios, que va creciendo en la Iglesia, y se va estableciendo por su acción, sea la que enseñó el mismo Jesús: "venga a nosotros tu Reino". Y que su íntima aspiración como nuevo pueblo de Dios, y su tensa esperanza histórica vaya hacia su realización definitiva con la segunda venida de Cristo Redentor para culminar su obra. Por eso se cierra el Apocalipsis y con él la Biblia con aquella súplica del cristianismo primitivo: "Ven Señor Jesús (117).

10. LA IGLESIA "CUERPO DE CRISTO"

A esta Iglesia concreta, constituída por Cristo con sus estructuras peculiares y

(115) Mt. 18,18.

(116) Hechos 1,8.

(117) Cfr. Apoc. 22,17-20.

(118) Cfr. Pío XII Encíclica "Mystici Corporis". A.A.S.35 (1943) 221-225.

animada por el Espíritu Santo, la llama San Pablo "Cuerpo de Cristo".

Esta expresión revelada no sólo no se contrapone con lo anterior, sino que nos hace profundizar en otro aspecto del misterio de la Iglesia, mostrándonos en honrada su dimensión vertical, es decir su relación con Cristo y el Espíritu Santo, y su dimensión horizontal, a saber las mutuas relaciones de los miembros de este cuerpo entre sí, los ligamentos que los unen, y el vital dinamismo de su acción.

Digamos, pues, algo de esta rica dimensión interna del pueblo de Dios, sin pretender más que dar algunos puntos de reflexión.

a. El Cristocentrismo del pueblo de Dios.

La expresión "cuerpo de Cristo" significa, ante todo, nuestra íntima unión vital con Cristo muerto y resucitado que se verifica en la Iglesia por medio del Espíritu Santo. No es evidentemente una unión física con el cuerpo natural de Cristo nacido de la Virgen María, aunque haga relación a él, ni sólo una unión moral como puede existir en una sociedad natural, sino que se hace esta unión "en algo que no es natural, sino de orden superior; más aún, que es en sí mismo absolutamente infinito e increado, a saber, el Espíritu Divino, que como dice el Angélico "el mismo y único, une y llena toda la Iglesia" (118). Esta clase de unión sobrenatural de Cristo y de la Iglesia ya desde la antigüedad cristiana se llama "mística", para distinguirla de la unión física o simplemente moral a las que inmensamente supera. Por eso se llama a la Iglesia "Cuerpo místico de Cristo" significando esta

unión realísima pero de orden superior y divino.

El Concilio Vaticano II nos dice: "a sus hermanos convocados de todas las gentes los constituyó místicamente como su Cuerpo, comunicándoles su Espíritu". Y enseguida indica cómo se hace en concreto esta comunicación vital con estas palabras: "la vida de Cristo en este Cuerpo se comunica a los creyentes que se unen realmente a Cristo paciente y glorificado por medio de los sacramentos" (119). Porque con el bautismo nos configuramos con Cristo: "Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo" (120). Rito sagrado con el que se representa y se efectúa la unión con la muerte y resurrección de Cristo: "Pues hemos sido sepultados en el bautismo, para participar en su muerte, mas si hemos sido injertados en El, por la semejanza de su muerte, también igualmente lo seremos por la de su resurrección" (121). En la fracción del pan eucarístico, participando igualmente del cuerpo del Señor, nos elevamos a una comunión con El, y entre nosotros mismos: "Siendo un solo pan, todos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de un mismo pan" (122). Así todos nosotros quedamos hechos miembros de su Cuerpo" (123).

De este Cuerpo místico, Cristo es la Cabeza, formándose así según la noble y profunda expresión de San Agustín: "El Cristo total", a saber, Cristo y la Iglesia. Cuál sea la grandeza y eminencia de esta Cabeza y su acción sobre su Cuerpo la Iglesia, la describe así el Concilio siguiendo a San Pablo: "El es la imagen de Dios invisible, y en El fueron creadas todas las cosas. El es antes que todos y todo subsiste en El. El es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia. El es el principio y el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas" (124). El domina con la excelsa grandeza de su poder, los cielos y la tierra, y llena de riquezas con su eminente perfección y con su acción todo el Cuerpo de su gloria que es la Iglesia (125).

Esta vivificación por parte de la Cabeza de todo el Cuerpo, es la que provee a su crecimiento mediante los ligamentos estructurales puestos por El, de acuerdo con la precisa enseñanza del apóstol Pablo: "El Cuerpo entero alimentado y trabajado por las coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento divino" (126). Y el sentido de este crecimiento vital es hacia la perfección de Cristo (127), hasta llegar "al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo (128).

(119) Cfr. S. Tomás. Sum. Th. III. q. 62.a.5 ad 1.

(120) 1 Cor. 12,13;

(121) Rom. 6,4-5.

(122) 1 Cor. 10,17;

(123) 1 Cor. 12,27; Lumen Gent. 7,1.2.

(124) Cfr. Col. 1,15-18.

(125) Lumen Gent. 7,4.

(126) Col. 2,19.

(127) Cfr. Ef. 4,11-16.

(128) Ef. 4,13.

Este dinamismo profundo y cristocéntrico que mueve a toda la Iglesia hacia su Cabeza, exige en todos los miembros una acción consciente de asimilación vital e interior, no una simple mímica externa, o solamente una asimilación moral. Por eso el Concilio nos dice recordando la enseñanza de San Pablo y de todo el Nuevo Testamento: "Es necesario que todos los miembros se asemejen a El, hasta que Cristo quede formado en ellos" (129). Por eso somos asumidos en los misterios de su vida, configurados con El, consepultados y resucitados juntamente con El, hasta que correinemos con El. (130). Peregrinos todavía sobre la tierra, siguiendo sus huellas todavía en el sufrimiento y en la persecución, nos unimos a sus dolores como el Cuerpo a la Cabeza, "padeciendo con El, para ser con El glorificados" (131).

La unión vital de Cristo Cabeza y de la Iglesia su Cuerpo, está cimentada en el amor salvífico que Cristo tiene a este "Nuevo Israel", que es la culminación perfecta y en plenitud impensable del amor esponsalicio de Dios por su pueblo elegido que proclamaron los profetas (132). San Pablo lo expresa así: "Cristo amó a la Iglesia y se entregó así mismo por Ella para santificarla, purificándola mediante el baño del agua en virtud de la palabra, y presentándola resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben los maridos amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos; porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo,

antes bien lo alimenta y lo cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo". La unión, pues, de amor entre los esposos cristianos, es un símbolo sacramental que indica y representa otra gran unión de amor mucho más alta y misteriosa de donde dimana, que es la de Cristo y de la Iglesia. Por eso concluye San Pablo: "Gran misterio es este, lo dio respecto a Cristo y a la Iglesia" (133).

b. El Espíritu Santo, "Espíritu de Cristo" y la Iglesia

Para verificar esta unión vivificante con su Cuerpo, Cristo "nos concedió participar de su Espíritu, que siendo uno mismo en la Cabeza y en los miembros, de tal forma vivifica, unifica y mueve todo el Cuerpo, que su operación pudo ser comparada por los Santos Padres, como el servicio que realiza el principio de la vida, o el alma, en el Cuerpo humano" (134).

Aquí está una de las radicales diferencias de la Iglesia con cualquier sociedad humana, porque ella es "nuevo pueblo de Dios", Cuerpo místico, sacramento universal de salvación, porque Cristo envió sobre Ella su Espíritu vivificador, que la anima y hace vivir todos los dones de la redención que operó Cristo con su muerte y resurrección.

La acción del Espíritu Santo en la Iglesia es toda ella cristificante, y sería repetir el error de los montanistas de principios del siglo tercero, el pensar una acción del Espíritu como separada de la obra y de la

(129) Gal. 4,19.

(130) Cfr. Fil. 3,21;2 Tim.2,11; Ef. 2,6; Col.12,2.

(131) Cfr. Rom. 8,17.

(132) Cfr. Biblia de Jerusalén la nota a Os. 1,2.

(133) Ef. 5,21-32.

(134) Lumen Gentium no. 7,6.

acción de Cristo, "porque la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo, y por El continúa en la Iglesia" (135).

El Espíritu Santo, Espíritu de vida, o fuente de agua que salta hasta la vida eterna (136), "habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (137), en ellos ora y da testimonio de su adopción de hijos (138). Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (139), a la que guía hacia toda la verdad (140), y unifica en comunión y ministerio. Hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del evangelio, la renueva constantemente, y la conduce a la unión consumada con su Esposo" (141).

Así pues todo el ser y la acción de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, está animada por el Espíritu Santo, y este es su misterio que en Ella vive y se revela, y le da una dimensión impresionante, que San Pablo expresa llamándola Cuerpo de Cristo.

c. Dimensión horizontal del Cuerpo místico

La Iglesia aunque compuesta de múltiples personas, constituye una unidad orgánica sobrenatural, realísima, que es comparable al cuerpo humano según San Pa-

(135) *Ibidem* no. 48,2;

(136) Cfr. Jn. 4,14;7,38-39.

(137) Cfr. 1 Cor. 3,16;6,19.

(138) Cfr. Gal. 4,6; Rom.8,15-16 y 26.

(139) Cfr. Ef. 4,11-12; 1 Cor. 12,4; Gal. 5,22.

(140) Cfr. Jn. 16,13.

(141) *Lumen Gentium* no. 4,1.

(142) 1 Cor. 12,12.

(143) 1 Cor. 12,13.

blo: "Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo" (142).

Pero esta unidad orgánica sobrenatural, no implica la pérdida de la personalidad de cada uno, sino por el contrario su promoción máxima como la de un hijo de Dios. Podríamos decir que en el Cuerpo místico, obtiene el hombre su más grande personalización, al adquirir en Cristo y por la acción del Espíritu, la máxima expansión temporal y eterna de todas las virtualidades de su "yo" en sí mismo y en su relación con Dios y con sus hermanos los hombres en una superior unidad. "Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados para no formar más que un Cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu" (143).

Como personalidades independientes y libres todo esto está condicionado a la recepción responsable de estos dones de Cristo por la acción de su Espíritu, usando bien del excelso don de la libertad bajo la acción de la gracia, y contribuyendo así a la perfección de la Iglesia peregrina.

Tampoco esta unidad profunda mística y orgánica, impide la diversidad de miembros con diversas funciones ministeriales y de dones, sino por el contrario la

exige: "En efecto, el cuerpo no se compone de un solo miembro sino de muchos" (144). Esta doctrina paulina la resume así el Concilio: "También en el Cuerpo de Cristo hay diversidad de miembros y de ministerios. Uno mismo es el Espíritu que distribuye sus diversos dones, para el bien de la Iglesia según sus riquezas y la diversidad de los ministerios" (145). Entre todos estos dones sobresale la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad subordina el mismo Espíritu incluso a los carismáticos" (146).

De este ministerio apostólico dice el mismo Concilio expresando la fe de la Iglesia: "Creemos que el Señor entregó todos los bienes del Nuevo Testamento a un solo Colegio Apostólico, a saber, el que preside Pedro, para constituir un sólo Cuerpo de Cristo en la tierra, al que tienen que incorporarse totalmente todos los que de alguna manera pertenecen al pueblo de Dios" (147).

Al rededor de este cuerpo apostólico al que sucede el cuerpo episcopal a cuya cabeza está el Romano Pontífice, se cohesionan este Cuerpo místico y tiene su máxima expresión cuando "en todo altar, reunida la comunidad bajo el ministerio sagrado del Obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo místico de Cristo, sin la cual no puede haber salvación" (148). Orgánicamente unido al ministerio apostólico, está el ministerio de los sacerdotes que

"bajo la autoridad del Obispo, santifican y rigen la porción de la grey del Señor a ellos encomendada, hacen visible en cada lugar a la Iglesia universal, y prestan eficaz ayuda a la edificación del Cuerpo total de Cristo" (149).

Formando este Cuerpo de Cristo, juntamente con sus Obispos, sacerdotes y diáconos, están todos los fieles cristianos, que participan de igual dignidad de ser miembros de este Cuerpo, y contribuyen según los dones del Espíritu a la edificación del mismo (150). En efecto, según lo enseña la doctrina católica: El Señor Jesús "a quien el Padre santificó y envió al mundo (151) hizo partícipe a todo su Cuerpo místico de la unción del Espíritu con que El está ungido, puesto que en El todos los fieles se constituyen en sacerdocio santo y real, ofrecen a Dios por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales, y anuncian el poder de quien los llamó de las tinieblas a su luz admirable. No hay pues miembro alguno que no tenga su cometido en la misión de todo el Cuerpo, sino que cada uno debe glorificar a Jesús en su corazón y dar testimonio de El con espíritu de profecía" (152).

Así que todos los fieles cristianos "obtienen el derecho y la obligación del apostolado, por su unión con Cristo Cabeza. Ya que insertos por el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del

(144) 1 Cor. 12,14.

(145) 1 Cor. 12,1-11.

(146) Lumen Gentium. no. 7,3.

(147) Unitatis Redintegratio. no. 3,5; Cfr. Christus Dominus. no. 1.

(148) Lumen Gentium no. 26,1.

(149) Ibidem no. 28,3.

(150) Cfr. Ibidem no. 32,3; Presbyt. Ordinis. n. 9,1.

(151) Jn. 1,36.

(152) Presbyt. Ordinis no. 2,1; Cfr. Lumen Gentium no. 33,1.

Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor" (153).

Y todo este Cuerpo de Cristo, con su diversidad de ministerios y dones, se dirige a todos los hombres de todas las épocas de la historia, "urgido por el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo, tanto en virtud de mandato expreso, que heredó de los Apóstoles el orden de los obispos, con la cooperación de los presbíteros, juntamente con el sucesor de Pedro, y sumo pastor de la Iglesia, como en virtud de la vida que Cristo comunicó a sus miembros" de quien todo el Cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se fortalece en la caridad" (154). Y a esta acción misionera son impulsados "los miembros de la Iglesia por la caridad con que aman

a Dios, y con la que desean participar a todos los hombres en los bienes espirituales tanto de la vida presente como de la venidera" (155).

Estas pocas ideas manifiestan la riqueza de revelación sobre la Iglesia, contenida en la doctrina de San Pablo al llamarla "Cuerpo de Cristo". Es la expansión gloriosa de Cristo muerto en la cruz y resucitado que la inunda con el don vivificante de su Espíritu: "Pues Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la plenitud, y reconciliar por El y para El todas las cosas, pacificando mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos" (156). "Bajo su pies sometió todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo" (157).

(153) *Apostolicam Actuositatem*. no. 3,1; Cfr. *Ibidem*. no.3,4.

(154) *Ad Gentes divinitus*. no. 5,1.

(155) *Ad Gentes div.* no. 7,2.

(156) *Col.* 1,19-20.

(157) *Ef.* 1,22-23.

BIBLIOGRAFIA

Como la bibliografía sobre la Iglesia es abundantísima, parece más práctico indicar algunas fuentes más accesibles.

- (1) Para las obras *antes* del Concilio Vaticano II, existe una bibliografía muy completa en: **Salaverri Joaquín S.I.** "De Ecclesia Christi", Colección B.A.C. t.61. pp. 509-512.
- (2) Para los treinta años inmediatos antes del Concilio puede verse: **Yves M. J. Congar**, "Santa Iglesia". Ed. Estela S.A. 1965. pp. 397-630.
- (3) Después del Concilio la bibliografía es inmensa sobre todo en monografías. Se puede encontrar lo substancial de ella en: **F. Fayne**. "La Iglesia". 2 vol. Ed. Herder. 1974. En el vol. 1. pp.18-20 y al comienzo de cada uno de los capítulos. Puede también consultarse: **Collantes Justo S.I.** "La Iglesia de la Palabra", 2 vol. Colección B.A.C. tt. 338 y 339. En el vol. 1. pp. XXIX-XL y al final de cada uno de los capítulos.